

«De Dios, y no de nosotros» – 2 Corintios 4:7

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Índice

1 - El ministerio de Pablo, según 2 Corintios 3	3
2 - El tesoro en vasijas de barro – 2 Corintios 4	3
3 - En el libro de los Jueces	4
3.1 - Aod	4
3.2 - Samgar	4
3.3 - Débora y Barac	5
3.4 - Gedeón	5
3.5 - Abimelec	6
3.6 - Jefté	6
3.7 - Sansón	7
4 - Pablo con los corintios	7
5 - En nuestros días, que la obra se haga por el poder de Dios y para gloria la de Dios	8
6 - Cara conocer la voluntad de Dios con toda sabiduría e inteligencia espiritual	8
7 - Como en tiempos de los Jueces, el poder de Dios actúa a través de siervos insignificantes	9

No aprendemos fácilmente la lección de que todo poder es de Dios, y que el más grande de los siervos del Señor no es más que un receptáculo, un recipiente, de ese poder, y nada más.

1 - El ministerio de Pablo, según 2 Corintios 3

En 2 Corintios 3, el apóstol Pablo establece un contraste asombroso entre el antiguo pacto, que exige, y el ministerio de bendición del nuevo pacto, que él ejerce como había sido designado para hacerlo; el antiguo pacto fue glorioso en su medida, pero transitorio; el nuevo pacto tiene una gloria incomparable y duradera; el uno trae consigo la muerte y la condenación, el otro trae la justicia y el Espíritu, y tiene el efecto de transformar a los que vienen a la luz de la gloria sin velo del Señor.

2 - El tesoro en vasijas de barro – 2 Corintios 4

En 2 Corintios 4, el apóstol pasa del carácter del ministerio al del ministro (siervo), y muestra que este último estaba en consonancia con el primero. Encargado de tal ministerio, no solo rechazaba todas las artimañas mezquinas tan comunes entre los hombres cuando se esfuerzan por promover “una causa” (v. 2), sino que se mantuvo al margen. «No nos predicamos a nosotros mismos», dijo, «sino a Cristo Jesús como Señor» (v. 5). Este «conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo» es el poder transformador del creyente, y es también el que irradia del siervo del Señor en el ejercicio de este ministerio de la nueva alianza (v. 6).

El apóstol añade a continuación que este tesoro, por grande que sea, está contenido en «vasos de barro» (v. 7), y en los versículos siguientes muestra cómo Dios mismo cuida del vaso de barro, y permite que caigan sobre él toda clase de circunstancias difíciles, para que en todo penda sobre el vaso la sentencia de muerte, y se manifieste así más claramente la excelencia del tesoro que contiene. De este modo se demuestra indiscutiblemente que el vaso no es nada como tal, y que la «excelencia» o «superabundancia» del poder es «de Dios, y no de nosotros».

3 - En el libro de los Jueces

En las alusiones que se hacen aquí al resplandor de la *luz*, a los *vasos de barro* y a la *acción de Dios* sobre esos vasos, podemos pensar que el apóstol Pablo se refería al incidente del Antiguo Testamento relativo a Gedeón y sus hombres con los cántaros y las lámparas dentro, comparando la rotura de los cántaros, que permitió ver la luz de las antorchas, con la acción de Dios sobre los vasos de barro, reduciéndolos a la nada para que brillara la luz.

En cualquier caso, es cierto que el libro de los Jueces, además de la historia de Gedeón, proporciona ilustraciones muy llamativas del hecho de que el camino de Dios consiste en tomar instrumentos y vasijas (cántaros), dejando muy claro que el poder que opera no es en absoluto el del instrumento o de la vasija, sino puramente el Suyo.

Hay al menos 7 ilustraciones de este tipo en el libro de los Jueces.

3.1 - Aod

Aod, el benjamita, levantado por Dios para liberar de Eglón, rey de Moab, «el cual era zurdo» (Jueces 3:15), literalmente “cerrado en cuanto a su mano derecha”. La “mano derecha” evoca “poder” o “fuerza” en el lenguaje ordinario. He aquí un hombre disminuido en sus fuerzas, un hombre que no habría podido liberar de una vez a toda la nación del opresor. Sin embargo, fue lo que hizo, gracias al golpe de su mano izquierda, y el país descansó nada menos que 80 años.

3.2 - Samgar

«Después de él fue Samgar... el cual mató a seiscientos hombres de los filisteos con una aguijada de bueyes; y él también salvó a Israel» (Jueces 3:31).

No sabemos mucho de Samgar. Los filisteos oprimían duramente a Israel, al menos la parte meridional del país, pues en su época «abandonados los caminos, y los que andaban por las sendas se apartaban por senderos torcidos» (Jueces 5:6). Al parecer, también seguían la estrategia adoptada por sus descendientes varios cientos de años después, de extirpar a todos los herreros de la tierra de Israel, para que los israelitas quedaran desarmados e indefensos (1 Sam. 13:19-21). Así que Samgar se

vio reducido a usar una aguijada de bueyes como arma de guerra. Véanlo enfrentarse a por lo menos 600 hombres, armado solo con un palo largo, ¡con solo una pequeña púa de hierro en el extremo! Para un ganadero o un pastor, esta es por supuesto una herramienta excelente, pero dejar a sus bueyes y convertirse en un guerrero solo con esta arma era extremadamente ridículo. Y, sin embargo, ¡qué victoria con esta arma primitiva! ¿Debemos alabar la aguijada de bueyes? No, la excelencia del poder no estaba en el hombre ni en su arma.

3.3 - Débora y Barac

El pueblo volvió a caer bajo el poder de sus enemigos, y Jabín, rey de Hazor, lo esclavizó. Los «había oprimido con crueldad». Pero Dios intervino y lo derrocó. La vasija elegida para este nuevo servicio fue Débora, una profetisa. Ella despertó e inspiró al tembloroso Barac. Otra vasija fue utilizada de forma secundaria, Jael, esposa de Heber ceneo, de nuevo una mujer; y una vez más ella utilizó un instrumento especial contra Sísara, el capitán del ejército de Jabín: era una «estaca de la tienda», de las que se utilizan para sujetar telas y cuerdas.

Dirigidos por una mujer, Barac y sus 10.000 hombres se enfrentaron al poderoso ejército de Jabín, fortificado con 900 carros de hierro, y lo derrotaron por completo. «Todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, hasta no quedar ni uno», dice la Escritura (Jueces 4:16). Para coronar la derrota, ¡el gran Sísara, el héroe de tantas victorias, cayó ante una mujer con una estaca de la tienda! Barac había sido advertido de antemano de que la empresa en la que tan tímida y renuientemente se embarcó no sería para honor suyo; y así resultó. La debilidad e insignificancia de los medios empleados dejaron claro que todo el honor y la gloria pertenecían a Dios.

3.4 - Gedeón

Israel volvió a pecar y los madianitas lo oprimieron. Dios eligió entonces como libertador a Gedeón, que él mismo admitió: «He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre» (Jueces 6:15). Gedeón se encontró a la cabeza de 32.000 hombres, por lo que los ejércitos de Israel empezaban a adquirir proporciones respetables. Sin embargo, antes de poder ser utilizados por Dios, fueron reducidos a un insignificante núcleo de 300 hombres; y para que incluso este pequeño y despreciable ejército pareciera ridículo, ¡sus únicas armas eran

trompetas, cántaros y antorchas!

Sin embargo, Gedeón y sus débiles 300 hombres derrotaron por completo al gran ejército madianita. Eran como «un pan de cebada» que «rodada hasta el campamento de Madián, y llegó a la tienda, y la golpeó de tal manera que cayó, y la trastornó de arriba abajo» (Jueces 7:13). Las trompetas, los cántaros y las antorchas son armas maravillosamente eficaces si Dios quiere usarlas, pero entonces es obvio que la excelencia del poder no procede de ellas, sino de Dios.

3.5 - Abimelec

Después de Gedeón vino Abimelec, su hijo; sin escrúpulos, se convirtió en un verdadero azote para la nación. A partir de entonces fueron afligidos desde dentro, no desde fuera; durante algunos años hubo disturbios y guerra civil. Abimelec tenía un carácter muy fuerte, y parecía que su yugo tiránico estaría aún más firmemente ceñido a los hombros de Israel, cuando de repente llegó la liberación. Abimelec capturó la ciudad de Tebes y, desesperados, los habitantes supervivientes se refugiaron en una torre. Justo cuando estaba a punto de encender el fuego para destruirlos, Abimelec fue abatido. ¿Pero cómo? Una mujer dejó caer un pedazo de una piedra de molino desde lo alto de la torre. Le golpeó la cabeza «y le rompió el cráneo» (Jueces 9:53).

Una vez más, una mujer se convirtió en la vasija del poder de Dios, y un fragmento sin valor de una piedra de molino antaño útil, se convirtió en su instrumento.

3.6 - Jefté

Una vez más, Israel cayó bajo dominio extranjero, y Amón se convirtió en su opresor. Esta confusión llevó a Israel a arrepentirse, confesar y quitar a los dioses extranjeros. Finalmente, se levantaron para liberarse del enemigo, pero les faltaba un líder, y la cuestión era dónde encontrarlo.

¿En quién puso Dios su mano para dirigir esta obra de liberación? En un individuo de lo más inesperado. Hasta ahora, hemos notado que a él le gustaba usar cosas débiles, insignificantes e incluso ridículas. Ahora lo vemos escogiendo a un individuo cuyo origen sugiere no insignificancia, sino vergüenza.

«Jefté galaadita era esforzado y valeroso; era hijo de una mujer ramera» (Jueces

11:1). Verdaderamente, en estos asuntos, los caminos de Dios son distintos de los nuestros.

3.7 - Sansón

El último de los Jueces es Sansón. En cuanto a la fuerza física, fue con mucho el más fuerte de todos ellos, pero en cuanto al carácter, destaca como el más débil de todos.

Está claro que sus extraordinarios poderes físicos no eran simplemente suyos. Solo duraron mientras mantuvo intacto su nazareo. La presencia del peligro lo estimulaba y, en los momentos cruciales, «el Espíritu de Jehová vino sobre él» (Jueces 14:19; 15:14). A la manera de Dios, los instrumentos utilizados para llevar a cabo sus hazañas eran los más sencillos. En una ocasión leemos «sin tener nada en la mano» (14:6), y en otra ocasión, cuando utilizó un instrumento, fue solo «una quijada de asno fresca»; fue con este instrumento que prevaleció sobre 1.000 hombres (15:15).

Como instrumento de combate, la quijada de un asno, ya sea nueva o vieja, es poco eficaz; pero después de todo, ¡era mejor que nada!

4 - Pablo con los corintios

Así que estos incidentes en el libro de los Jueces ilustran plenamente la gran declaración de la Escritura en 1 Corintios 1 (v. 27-29), donde dice que «lo necio del mundo escogió... lo débil del mundo... lo vil del mundo... lo despreciado... y lo que no es...». – las cosas de nada del mundo. Dios no solo escogió así a las personas para ser sus santos, sino que también los escogió para ser sus siervos en su obra.

Los santos de Corinto eran carnales, y pensaban demasiado en el hombre, a sus calificaciones y poderes. La elocuencia y la sabiduría los atraían poderosamente. El apóstol Pablo desaprobaba expresamente tales cosas (1 Cor. 2:1). Para él, eran un malestar, como la armadura de Saúl para David. Las dejó de lado para siempre, como las vergonzosas artimañas que a veces utilizan los hombres para salirse con la suya, como vimos en 2 Corintios 4:2. Las armas de su guerra no eran en absoluto carnales (2 Cor. 10:4), pues reconocía que solo el poder de Dios era suficiente para realizar la obra de Dios. Recordemos que Dios no cambia los principios fundamentales de sus formas de proceder, y este sigue siendo exactamente el mismo hoy.

5 - En nuestros días, que la obra se haga por el poder de Dios y para gloria la de Dios

A menudo hemos oído expresar mucha sorpresa, y la hemos sentido nosotros mismos, cuando Dios ha actuado evidentemente de maneras que nos parecían de lo más inverosímiles y menos apropiadas. Pensamos en un siervo, dotado por el Señor, que predicaba el Evangelio con gran fidelidad y pertinencia, y con una comprensión inteligente de sus principios fundamentales; estábamos encantados, pero no se produjeron resultados sorprendentes. Otro vino sin ninguna de estas cualidades; solo podíamos considerarlo como lamentablemente falto de habilidad e inteligencia; sin embargo, se produjeron efectos muy notables. Sin embargo, esto no era sorprendente, ya que tal manera por parte de Dios estaba estrictamente de acuerdo con lo que hemos visto en el libro de los Jueces.

En verdad, puesto que el poder que realmente hace la obra de Dios es «de Dios, y no de nosotros», lo primordial es que todo se haga manifiestamente por el poder de Dios y para la gloria de Dios. La capacidad, el don y la inteligencia del siervo son deseables y no deben despreciarse. Pero si el siervo que las posee tiene la menor tentación de confiar en ellas o, lo que es peor, de hacer alarde de ellas, Dios prescindirá de él y se servirá de algún instrumento estúpido o insignificante, para nuestro asombro.

Dios lo ha hecho muchas veces en el pasado y lo hace con frecuencia en la actualidad, triste prueba de que es raro que alguno de nosotros posea una capacidad, un don o una inteligencia sin caer en la tentación de confiar en ella.

6 - Cara conocer la voluntad de Dios con toda sabiduría e inteligencia espiritual

Que nadie piense que estamos haciendo algún tipo de alegato contra la inteligencia y el entendimiento en las cosas de Dios. No es así. Si lo hiciéramos, iríamos en contra de las Escrituras, ya que el apóstol oraba para que los santos fueran «llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría e inteligencia espiritual» (Col.1:9). Tampoco diga nadie: “Entonces no buscaré conocer las Escrituras. Iré hacia lo que tiende a la conversión de las almas, pero no buscaré ir más allá”. Frenar deliberadamente el crecimiento de alguien en el entendimiento espiritual de esta manera es

invitar a los problemas y a los desastres.

7 - Como en tiempos de los Jueces, el poder de Dios actúa a través de siervos insignificantes

Rogamos sinceramente para que todos recordemos que la primera cualificación de un siervo de Cristo es que en todos los aspectos tome el lugar de un siervo, insignificante y sin valor; mientras ejerce el don que posee con toda la inteligencia que ha podido adquirir, que en sus pensamientos se despoje de toda apariencia de poder y brillo que su don pueda darle; que en su estado y conciencia sea como un zurdo, o un agujada de bueyes, o una estaca de tienda, o trompetas, cántaros y antorchas, o un trozo de piedra de molino, o el hijo de una ramera, o la quijada de un asno, o incluso nada en absoluto.

Y así fue con el apóstol Pablo, de forma preeminente. ¿Quién tenía dones espirituales tan poderosos como él? ¿Quién tenía tal comprensión de todo el consejo de Dios? ¿Quién tenía tanta fuerza de carácter? Sin embargo, como un vaso de barro, fue maltratado y reducido a la nada. El resultado fue el logro, a través de él, de logros nunca antes igualados en la historia de la Iglesia. Él y sus compañeros fueron conocidos como los que «han trastornado el mundo habitado» (Hec. 17:6). Había un poder en ellos que nadie podía negar, y la excelencia de ese poder era obviamente **de Dios**.

La era apostólica ha pasado hace mucho tiempo, y estamos en días muy parecidos a los de los Jueces, lo que no hace sino enfatizar lo que hemos dicho. «A otro no daré mi gloria» (Is. 42:8): esa sigue siendo la Palabra de Dios, y en nuestros días de infidelidad de la Iglesia y consiguiente confusión, podemos contar con que Dios hará su obra de tal manera que manifieste su gloria y no preste atención al hombre.

(Extractado de la revista «*Scripture Truth*», Volumen 14, 1922, página 257 y sig.)